

Alejandro Reyes

Fray Camilo y Rodríguez Mendoza



COINCIDIENDO con el cuarto centenario de la ciudad de Valdivia y acaso como un tácito homenaje al prócer que tuviera por cuna a la ciudad fluvial, ha dado a la publicidad su más reciente obra el connotado escritor don Emilio Rodríguez (Mendoza, en un espléndido volumen que ostenta en su portada el epígrafe de "La Emancipación y el Fraile de la Buena Muerte".

Nadie mejor indicado que este escritor de vigorosa enjundia, el de mayor raigambre en nuestras tradiciones, para encarar una empresa repleta de una noble y transparente iniciativa: plasmar en la arquitectura definitiva del libro el tributo espiritual de Chile para el precursor de la palabra impresa en nuestra patria, al héroe austero y silencioso, genuino prócer de la independencia nacional, fray Camilo Henríquez, el Hermano de la Buena Muerte.

Habría de corresponder, por autodeterminación, a este vibrante escritor y a un tiempo aguerrido periodista, infatigable en la cotidiana pugna de la cultura, con sus ya bien celebrados cincuenta años de periodismo, la misión enaltecadora de encomendar a su pluma la tarea de actualizar la sombra augusta del fundador del periodismo nacional. La aparición de su libro constituye de este modo el tributo de un periodista contemporáneo al fundador de

la "Aurora de Chile", de la primera hoja impresa que como periódico viera la luz en nuestra patria hace ciento cuarenta años.

Con su procedimiento acostumbrado, Rodríguez Mendoza no se limita a la relación de los hechos históricos pertinentes y a una escueta exposición de datos, sino a proyectar al prócer en su época y dentro del dramático escenario en que le cupo desarrollar su acción, discurriendo en las abigarradas y movedizas contingencias que marginaron su actividad, trascendente en el proceso de segregación de nuestra tierra hasta devenir en nación desvinculada del imperio colonial español. Así, tiempo y ambiente adquieren en el determinismo de la fecunda y dinámica existencia del hermano de la "Buena Muerte" una importancia potenciada y, por tanto, el epígrafe responde plenamente al contenido de la obra.

Comienza el libro con el nacimiento del héroe en las húmedas riberas valdivianas, en cuya parroquia recibe el agua bautismal en 1769. El autor exhibe los documentos originales concernientes al bautismo y nacimiento, sobre cuya autenticidad habían formulado dudas algunos historiadores cómodos, informados de segunda mano y que no se dan el trabajo de acudir a fuentes fidedignas. Desde Valdivia, junto a su abanico de ríos, es trasladado, siendo aún niño, a Lima, la capital galante y virreinal, donde bajo la tutela paternal y humanística de un tío suyo, fray Isidro Celis, adquiere educación eclesiástica al ingresar como novicio a la Orden de los Frailes de la Buena Muerte. Recibe también rudimentos de una cultura racionalista que ha de dejar honda huella en su formación espiritual, impronta definitiva para su acervo intelectual futuro. No ha de extrañar por eso, verlo más tarde implicado en un proceso de la Santa Inquisición, por extralimitarse en la "funesta manía de pensar", del que logra salir "felizmente y sin decoro", como expresará después a su cuñado don Diego Pérez de Arce, residente en Valdivia. Después de ser absuelto por el temido tribunal, le es confiada la misión de fundar en Quito una filial de su Orden. En aquella ciudad barroca y colonial, velada por la majestad del Pichincha, transcurre su vida monástica hasta comienzos de 1810, en que se

instaura en aquella parte de América el movimiento insurreccional naciente. Su espíritu rebelde y libertario no permanece ajeno a él, y para evitar de caer nuevamente en las redes de la autoridad eclesiástica, emprende viaje a Chile a fines de ese año.

Llega a su patria poco después que un cabildo abierto se ha atrevido, con bastante timidez, a declarar que Chile se encuentra desligado de España; pero reclamando para su existencia civil sólo el estado de autonomía, sin atreverse a formular la esperada palabra que suena a escándalo: independencia. Es entonces cuando fray Camilo lanza a sus conciudadanos una proclama firmada por *Quirino Lemáchez*, seudónimo construido con el anagrama de su nombre, que ha de darle la celebridad y que con sus ideas abiertamente libertarias va estremecer la conciencia de sus compatriotas al incitarlos a romper definitivamente cualquier vínculo que los ate a la potencia dominadora.

Es aquí donde aparece con sus acentuados perfiles de mentor intelectual de la independencia de Chile, como el primero que con la palabra escrita logra insuflar en las masas un pensamiento abiertamente revolucionario. Había existido antes un precursor, Martínez de Rozas; pero su ideología de hombre culto y audaz no alcanzó a llevar hasta la mente popular el evangelio neto de la liberación. Su doctrina apenas si había sido comprendida por una minoría selecta de dirigentes, a la que no nos atrevemos a rotular de "élite", ya que no había llegado todavía a tanto nuestra europeización.

Al año siguiente, el 13 de febrero de 1812, sale de las prensas encargadas a los Estados Unidos por don José Miguel Carrera e instalada en el país por el norteamericano Hoevel, el primer ejemplar de la "Aurora de Chile", acontecimiento que remueve en forma no acostumbrada a los pacíficos vecinos de la capital. En ella lanza día a día los postulados de su credo político de libertad, y haciendo de ella el vocero de la nueva fe sigue entregando constantemente el mensaje redentor de sus compatriotas oprimidos, martillando incesantemente en la conciencia adormecida o timorata de muchos, despertando el fervor y el entusiasmo de los convencidos, sin permitir

que el fuego sagrado de la libertad sufra menoscabo en sus ánimos. Entonces la efíge de este fraile, enjuto de carnes, pequeño de talla, pero de temple moral gigante, de inteligencia precisa y de una voluntad realizadora excepcional, se convierte en una figura destacada de la independencia americana. Adquiere entonces el contorno de los héroes de estirpe carlyliana, austero y ascético, silencioso, porque su arma no fué el cañón detonante del combate, ni la espada de las batallas sangrientas. Fué su pluma, inflamada por la pasión de la libertad, retinta en la convicción de la justicia de la causa emancipadora, tenaz e infatigable en la pugna por la independencia de su patria.

Es en este instante cuando el autor lo juzga digno de formar, en el zócalo de la independencia americana el grupo ilustre de los tres libertadores eclesiásticos: Camilo Henríquez, en Chile; en Venezuela, Cortés de Madariaga, el canónigo chileno de activa y decisiva participación en la proclamación de su independencia; y el cura Hidalgo de la epopeya mexicana, con su inmortal "grito de Dolores". Grupo histórico de tres frailes rebeldes, formando la trilogía libertaria de la emancipación americana, y que también forma un magnífico grupo escultórico.

El fraile de la Buena Muerte no limita su actividad a su menester de escritor y periodista solamente. No deja su sagrado ministerio y es ya orador sagrado o político, perora, discute, arenga, desde el púlpito o la tribuna parlamentaria, a cuyos estrados llega varias veces elegido como representante del pueblo. Completa su obra de predicador civil y de orador político con la redacción de infinidad de proclamas y manifiestos republicanos. Redacta cartas y constituciones adaptables a la transformación institucional que está sufriendo la naciente república, y elabora o compila su ideario en un "Catecismo cívico y patriótico" que, por el curso arrollador de los acontecimientos, no puede salir a luz en formato impreso. Después de haber fundado la "Aurora de Chile", prosigue su labor periodística ininterrumpida con la edición del "Monitor Araucano", su vocero continuador en forma de periódico trisemanal. La siembra de ideales

no se interrumpe y en forma infatigable, sigue prodigando la semilla de su credo emancipador; defensor de la educación pública, de la cultura popular y del perfeccionamiento del espíritu, va a encontrar eficaces colaboradores en Egaña, Salas y Gandarillas. Entre los cuatro, lanzan ante el ámbito libertario de Hispanoamérica el proyecto de una unión estrecha entre todas las repúblicas del continente, adelantándose con esto al sueño de Bolívar.

Su pensamiento está abarcado por la suerte de la patria, por los altos destinos de la nación, y no toma por eso partido en ninguno de los dos bandos que por disensiones entre los dos jefes militares se ha escindido la opinión del país. Asiste a las querellas entre carrerinos y o'higginistas con patriótica angustia y trata de apaciguarlas. Presencia el derrumbe de la Patria Vieja, y después del desastre de Rancagua, emprende con los demás patriotas el camino del destierro. Atraviesa en mula la cordillera y tras un breve descanso en Mendoza sigue viaje a Buenos Aires. Acosado por la pobreza, lleva allí una existencia llena de vicisitudes, a las que se sobrepone heroicamente. A pesar de estas circunstancias desfavorables desarrolla una actividad intelectual intensa. "Gana su vida con el sudor de su frente", afirman los historiadores; pero al mismo tiempo que trabaja por el diario sustento, estudia mucho, quizás demasiado, y soporta con estoicismo, con cristiana mansedumbre los reveses de fortuna. Cuando logra darse a conocer, le es encomendada la dirección de la "Gaceta de Buenos Aires", que le procura el acaudalado residente chileno en esa capital don Diego Antonio Barros, tío del historiador Barros Arana. Con un esfuerzo del que no se hubiera creído capaz a su débil organismo, reemprende sus estudios médicos iniciados hacía tiempo en Quito y consigue el grado de doctor en medicina (ya lo era en teología, filosofía y letras). De alma insobornable rehusa poner su pluma al servicio de los que la buscan para atacar a sus adversarios y sólo la entrega a las causas que sirvan a su ideal de libertad, de patriotismo, de difusión de la cultura.

Por eso es que aquí también, en la capital de las Provincias Unidas del Río de la Plata, no se ubica en ninguna de las tantas

facciones erigidas en guerrilla fratricida, puesta su mente sólo en la visión superior de su ideal, la liberación de las respectivas patrias americanas. Tratará por todos los medios de atar en una sola las voluntades divididas de sus compatriotas, sus sentimientos encontrados por antagónicas ambiciones. Intento vano y estéril puesto que la división entre carrerinos y o'higginistas, ahondada después del desastre de Rancagua, son ahora un abismo infranqueable y con más razón a raíz del duelo en que encontrara la muerte el general Mackenna, a manos de su contendor don Luis Carrera. Comparte el pan de la hospitalidad tanto en el hogar de don Bernardo O'Higgins que vive con su madre y su hermana en estrecha pobreza, como con la familia del general Carrera de la que es contertulio desde los días felices de la Patria Vieja, la que vive también en una modestia rayana en la pobreza. Ligado por admiración y amistad a ambas familias, conserva una justa posición de ecuanimidad para ambos bandos en constante tensión. Le acongoja el final trágico del caudillo romántico y de sus dos hermanos, sacrificados inhumanamente por la Logia Lautarina, que no ha encontrado, para contener el ímpetu rebelde y patriótico que los consumía, otro expediente que el ignominioso pelotón de fusileros.

En Buenos Aires lo sorprende la nueva auspiciosa de los triunfos de las armas patriotas en los campos de Chacabuco primero y después en el llano de Maipo. Luego la exaltación de don Bernardo O'Higgins al poder en su condición de Director Supremo de la nación. Recibe su invitación para repatriarse y en los comienzos de 1822 regresa a Chile. Su patria le espera para encomendarle de nuevo la tarea de continuar la educación del pueblo con las luces de su intelecto.

Reanuda su elevado magisterio de difusión de las ideas y para eso funda "El Mercurio de Chile". Para asegurarle una existencia digna, compatible con sus funciones de periodista, O'Higgins lo hace nombrar capellán castrense. Hombre múltiple, es así fraile, médico, escritor, pensador, político, orador y también poeta; pero un poeta de vena satírica que con su musa festiva dará mucho que

hacer a sus adversarios políticos, los frailes dominicos a quienes vapulea jocosamente cuando lo zahieren desde su periódico curial el "Observador Eclesiástico".

Entra a colaborar de lleno en la obra constructiva de O'Higgins, empresa que para el Director Supremo se va haciendo difícil por el estado precario en que ha dejado a la economía nacional la expedición libertadora del Perú, y que se complica cada día más con la oposición creciente de la clase conservadora, que con su gobierno dictatorial se siente desplazada del poder. Realistas sometidos a regañadientes, "chapetones" disfrazados de patriotas, elementos sociales que han perdido su influencia en el gobierno, y se encuentran resentidos con el jefe de la nación, hacen de esa prensa de oposición, salida de los conventos, un órgano genuino de expresión. Es el medio de ataque empleado por las familias de rancio abolengo que no pueden sentirse garantidas, ni menos representadas por O'Higgins, a quien llaman desdeñosamente el "chillanejo", cuando no con otro apodo más despreciativo.

Ese año es elegido diputado por su tierra natal y en la convención tiene a su cargo la redacción de la constitución política de 1822, que no satisfizo a la opinión. Una oposición cerrada de la clase pudiente de Santiago provoca a comienzos del 23, la abdicación de O'Higgins, acto de desprendimiento cívico ejemplar, que conmueve al fraile de la Buena Muerte y cuya grandeza ha sabido recoger la historia haciéndole justicia. Cuando el Congreso pretende residenciar al Director Supremo, Camilo Henríquez defiende los fueros del constructor de la nacionalidad y recuerda a los ingratos o apasionados los servicios que Chile debe a este padre de la patria. Desalentado no participa en el Congreso en la confección de una nueva Constitución, impuesta por el gobierno del general Freire, caudillo militar que se ha levantado en armas en el sur. El gobierno de Freire lo designa oficial mayor del ministerio de relaciones exteriores y más tarde director de la primera Biblioteca Nacional.

Su actividad inagotable, ilimitada cuando se trata de servir a su país, el esfuerzo continuado y sin tregua en favor de las insti-

tuciones de nuestra naciente democracia, terminan por agotar su pasmosa resistencia y una insuficiencia cardíaca hace presa de su trabajado corazón. Su muerte ocurrida en febrero de 1825, viene a poner fin a una de las existencias más fecundas y laboriosas de que puede enorgullecerse nuestra patria. Haciendo cumplida profesión de su fe cristiana entrega su alma al Todopoderoso en su caserón de la calle de Teatinos, con el corazón transido de amor hacia su patria y la mente iluminada por el resplandor de su destino superior.

Paralelamente a la actuación del personaje central de la obra, se perfilan las siluetas de los copartícipes en la memorable gesta: la de O'Higgins, decidido y temerario en el combate, constructivo, visionario y atinado en la conducción de la naciente república; la de San Martín, tesorero organizador de un gran ejército, astuto y calculador como político. El triunvirato trágico de los Carrera, encabezado por la arrogante figura de don José Miguel, de ímpetu genial e incontrolado; la de sus hermanos que no rayan a su misma altura y la de la hermosa doña Javiera, el ángel vengador en la familia de destino trágico. Sus integrantes en las luchas de los bandos irreconciliables a uno u otro lado de los Andes, con sus resentimientos, sus querellas, sus choques, sus heroísmos y sus traiciones, sus grandezas y sus miserias; pero todos esforzados en alcanzar una meta común: la independencia del suelo americano. Ahí están: el maquiavélico Pueyrredón, incondicional de San Martín; aquel plenipotenciario de Chile en Buenos Aires, Zañartu, frío e implacable; el siniestro Monteagudo, brotando por ensalmo donde haya una medida violenta que tomar. Todos presentados en un friso viviente y patético, animados por la pluma ágil y vibrante de este escritor de fibra, poseedor de una intensa fuerza evocativa.

De las páginas del libro de Rodríguez Mendoza emerge la estampa del fraile de la Buena Muerte con el relieve de una figura estelar en la emancipación americana, con el contorno continental que adquiere al desbordar los lindes de la historia patria. Se alza la personalidad singular del fraile, traspasada de pasión y dramatismo: pasión de las ideas y de los principios, pasión en la voluntad de

imponerlos a sus contemporáneos, en la fe inquebrantable de difundirlos hasta donde puede llegar el influjo de su verbo hablado o escrito; dramatismo de la época y del carácter de las contingencias de esa época heroica y de su propia existencia entregada sin reservas al cumplimiento de su mensaje liberador de pueblos.

Con la interpretación original que de él hace el autor, consigue extraerlo de los polvorientos archivos patrios e infundirle nueva vida, darle carácter, sabor y colorido, con lo que logra actualizarlo, reparando con ello el semiolvido en que hasta hoy se le ha mantenido. De una obra que pudo ser sólo una escueta labor de investigación histórica ha hecho, Rodríguez Mendoza, una pieza de creación artística, meritoria. Ha puesto en la confección de este libro toda la gracia de su estilo, siempre ágil y pintoresco con el copioso empleo de vocablos y símiles de pura extracción criolla, enriquecido con el de americanismos y giros populares de otras tierras, que maneja con envidiable soltura. Con ello ha conseguido dar vivacidad y animación al ambiente y escenario en que discurrió la existencia singular y patética del fraile extraordinario, de frágil envoltura corporal, pero de una reciedumbre de espíritu que no fué lo corriente en los demás héroes cívicos de esta América nuestra. Se abre el libro con la hermosa portada interior debida al lápiz de Coke en la que el fraile aparece estrechando apasionadamente contra su pecho un ejemplar de la "Aurora de Chile", con la mirada brillante y dilatada puesta en el futuro de la patria. Introduce a su lectura un conciso y penetrante prólogo del novelista Rafael Mañuenda; ha revisado cuidadosamente su edición en Prensa de la Universidad de Chile, el artífice de la tipografía Mauricio Amster, quien ha elegido sus más hermosas formas para presentarlo.

La aspiración del autor es el perfil excepcional del precursor de la palabra impresa en Chile, del combatiente de la pluma, se ha cumplido así dignamente. Con ella ha quedado trazada la "estatua sentimental" del prócer. Queda, sin embargo, la otra por erigir, en bronce o mármol. Con solo dar cumplimiento a lo acordado durante el centenario de nuestra independencia, donde se dejó

colocada la primera piedra de su monumento, pero sin que se le hayan hasta hoy agregado las siguientes. Con prestar oídos al clamor de los periodistas, escritores e intelectuales de Chile, ya la petición del autor durante el festejo a los nuevos académicos, se haría obra reparadora en esta ominosa injusticia que envuelve su postergación.

